

EL SAN ACISCLO DE JOSÉ MORA REENCONTRADO

Roberto Alonso Moral

Fuera del ámbito español, no es aún muy conocida la figura del escultor granadino José de Mora (1642-1724), que llegó a ser nombrado escultor del rey Carlos II. Esto explica que, en relación con él, todavía puedan aparecer curiosas sorpresas en el extranjero que contribuyan a aclarar un poco aspectos de esta figura tan singular del barroco español.

En 1925 Antonio Gallego Burín dio a conocer dos bustos de *San Acisclo* y *Santa Victoria* en el convento de Trinitarias descalzas de Madrid, proponiendo, no sin cierta reserva, su atribución a Mora¹. Algún tiempo después, otros historiadores de la escultura han ratificado² la atribución segura a este escultor y han situado su realización –salvo Hernández Díaz y Portela Sandoval que las creen de su última etapa de producción– en el momento en el que Mora se encuentra en Madrid como escultor del rey, esto es, entre noviembre de 1672, año de su nombramiento, y 1679, en que regresa a Granada. En aquella ocasión el historiador granadino sólo citaba en la clausura del convento el busto del mártir cordobés, indicando que el de Santa Victoria ya no se encontraba en él. Posteriormente siempre se ha mantenido tal ubicación para el San Acisclo, cuando desafortunadamente debió venderse algún tiempo después del año 25, a juzgar por las ventas declaradas por las monjas de esos años³.

En el 2003 ha reaparecido en el mercado artístico alemán⁴ la escultura del santo, atribuida arbitrariamente a Juan Martínez Montañés, y además, repintada y brutalmente mutilada. Esta intervención, que supongo se realizó al

tiempo de salir de su clausura conventual, borraba de esta forma cualquier alusión iconográfica al mártir, configurando una imagen mucho más comercial a los ojos de cualquier coleccionista. Su propietario, según he podido saber, Wilhelm Auberlen (1860-1948), debió adquirirla antes de la II Guerra Mundial, conservándose la pieza en poder de su familia hasta el momento de su subasta. Auberlen, fue un gran coleccionista que vivió en Munich, y que al parecer legó algunas de sus obras al Bayerische National Museum, ubicado en dicha ciudad⁵.

La escultura fue comprada en la venta citada por la Galería Caylus de Madrid, y posteriormente, ha pasado a formar parte de las colecciones de la Hispanic Society, donde actualmente se encuentra. En este momento, perdida la memoria de su primitivo emplazamiento y contexto, la escultura se encuentra atribuida a Pedro de Mena, por lo que espero que esta noticia sirva para dar luz a algunos datos sobre su historia que no han sido tenidos en cuenta. Esta atribución al hijo de Alonso de Mena resulta, cuando menos, expresiva de los puntos en común que existen entre dos escultores formados en la escuela de Alonso Cano y que en los últimos años la historiografía artística ha distanciado en exceso. Precisamente, vista en su actual estado, es a Cano a quien evoca esta escultura, pues es evidente su relación con el busto de Adán ejecutado por el maestro para la Catedral de Granada al final de su vida, en cuyo modelo ideal parece recrearse Mora, captando de forma idéntica su melancólica mirada, e incluso, tan similar en la talla del encrespado cabello.



San Acisclo,
por J. Mora.
Convento de
Trinitarias.
H. 1920.
Madrid.



Santa Victoria,
por J. Mora.
Convento de
Trinitarias.
H. 1920.
Madrid.

Junto con su pareja, fue pensada para ser observada frontalmente, en la intimidad de una capilla. En el convento, ambas ocupaban un retablo del antiguo coro, bajo la advocación de Cristo Redentor del mundo, presidido por una imagen de Cristo que hoy se guarda en la clausura del convento⁶.

La del joven San Acisclo era un busto prolongado, que mostraba los brazos atados por las muñecas y hacía ostensible un gran corte sobre el cuello, señal de su martirio⁷, que hoy vuelve a ser visible gracias a su restauración⁸. Es una lástima que se hallan perdido sus manos, pues contenían elementos expresivos propios de Mora, en ese especial cuidado por mostrar palpitación y vida. También se muestra verdaderamente admirable la impronta del escultor en la triste mirada, esencia que concentra todo el fuego interior del que padece horribles torturas, pero que, con resignación recibe mansamente su martirio. Es este, un modelo suyo característico que impone a sus esculturas un aire de soledad y abandono, donde cobra especial importancia su efectista recurso de arquear ligeramente las cejas hacia arriba, frunciendo ligeramente el ceño, o el uso de lágrimas de cristal, que existieron un

día, aunque hoy estén perdidas. La policromía, añade sutiles y exquisitos matices muy a tener en cuenta, sobre todo, cuando sabemos que él mismo daba color a sus obras⁹. Es admirable la elegante trama de diseños vegetales sobre el peto verde, o los motivos esgrafiados sobre los correaes que cuelgan de sus hombros, únicas licencias decorativas, junto con el motivo canesco del pecho y la espalda, en un conjunto tan sobriamente acabado.

Respecto a cómo y en qué circunstancias llegaron las esculturas de unos mártires cordobeses a un convento madrileño, no es fácil determinar nada concluyente. Sabemos que el Convento de las Trinitarias Descalzas¹⁰ era patronato del duque de Medinaceli, título que en el tiempo que Mora pasó en Madrid ostentaba Juan Francisco de la Cerda Afán de Ribera (1637-1691) casado en Lucena, en 1652, con uno de los títulos más sobresalientes del momento, Catalina Antonia de Aragón Floch de Cardona, duquesa de Segorbe¹¹. José pudo conocerlo pues fue hombre muy ligado a la corte, nombrado en 1674 Sumiller de Corps. Sin embargo, en aquellos años el convento actual estaba en construcción y no fue bendecido hasta 1697, alhajándose todo su interior a



San Acisclo, por José Mora. Hispanic Society of America. Nueva York.

partir de ese momento y por diversos patronos. Más tarde incluso, en 1768 se menciona la donación —junto a una Santa Teresa y un San Pedro de Alcántara, hoy atribuidas a Pedro de Mena—, de esculturas de «insignes artífices de la corte», para enriquecimiento de la iglesia y del convento¹², sin que sepamos si nuestras esculturas pudieran ser las mencionadas. Esto dificulta la tarea de búsqueda, pues no es descartable que la donación pudiera ser realizada por otros benefactores del convento, distintos a los duques de Medinaceli, o incluso que se tratase de una donación en una toma de hábito o profesión de alguna monja llegada de Córdoba.

Mientras no aparezca documentación más concreta, que ayude a precisar su cronología, que habría que poner en duda por la evidente analogía entre la escultura de San Acisclo y el San Pantaleón de la Iglesia de San Gil y Santa Ana de Granada, ejecutada ya en Granada y hacia 1700, estas esculturas seguirán formando parte de esa etapa oscura, que es la de José de Mora en Madrid.

NOTAS

¹ Antonio GALLEGO BURÍN, *José de Mora. Su vida y su obra*. Granada, Facultad de Letras, 1925, pp. 196-197, figs. 65 y 66.

² Véase ELÍAS TORMO, *Las Iglesias del Antiguo Madrid*. Instituto de España, Reedición de 1972 [1927], p. 209; María Elena GÓMEZ MORENO, «Escultura del siglo XVII». Vol. XVI *Arts Hispaniae*, Ed. Plus-Ultra, Madrid, 1958, p. 261; HERNÁNDEZ DÍAZ, José, «La escultura andaluza del siglo XVII» en vol. XXVI *Summa Artis*, Espasa Calpe, Madrid, 1982, p. 202; F. J. PORTELA SANDOVAL, «Panorama actual de la escultura religiosa en Madrid (1500-1750)», *Cuadernos de Historia y Arte*, IV, 1986, p. 83. Juan Jesús LÓPEZ-GUADALUPE, *José de Mora*. Biografías Granadinas, Ed. Comares, Granada, 2000, p. 84 y Juan Jesús LÓPEZ-GUADA-

LUPE, «Un discípulo de Cano en la Corte: José de Mora, escultor del rey» en *Actas del Symposium internacional Alonso Cano y su época*, Granada, 2002, p. 617.

³ ELÍAS TORMO, «Trinitarias Descalzas, Madrid, alfombra en venta» en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Tomo LXXXVIII, cuaderno II, abril-junio 1926, pp. 477-483 describe la dramática situación económica por la que está pasando el convento en ese momento.

⁴ Fue vendida en Nagel Auktionen (Stuttgart), el 26 de septiembre de 2003, Subasta n.º 389S, Lote 1492.

⁵ La búsqueda de los objetos donados por el coleccionista a dicho Museo ha resultado por el momento infructuosa. Agradezco al conservador de escultura Matthias Weniger su amable ayuda en esta labor.

⁶ Debo esta información a don José Félix de Vicente, Delegado de Patrimonio histórico-artístico del Arzobispado de Madrid. El desconocimiento de la bibliografía ha llevado a pensar que los bustos de Mora son los que actualmente se encuentran en el retablo colateral del lado de la epístola en el crucero, dedicado a San Juan Bautista de la Concepción, cosa incierta pues ni siquiera representan a tales santos y carecen de atributos. Véase RAMÓN GUERRA DE LA VEGA, *Guía para visitar las iglesias y conventos del Antiguo Madrid*, Madrid, 1996, p. 219.

⁷ Bartolomé SÁNCHEZ DE FERIA, *Palestra Sagrada o memorial de los santos de Córdoba...*, Córdoba, 1772, Tomo III, pp. 325-414. Narra extensamente todas las torturas a las que fueron sometidos el santo y su supuesta —hoy la hagiografía pone en duda su existencia— hermana Santa Victoria, sin aludir, por cierto, en ningún momento a que ésta también fuese degollada, pues según la hagiografía la dieron muerte asaeteándola con dos flechas, por lo que pensamos pueda tratarse de un caso de contagio iconográfico, del que éste no es un caso aislado.

⁸ La afortunada restauración fue llevada a cabo en Madrid en los talleres IER, donde eliminaron los repintes del cuello y cabello y reintegraron las tiras perdidas que colgaban de la coraza.

⁹ Sobre este aspecto puede verse Domingo SÁNCHEZ-MESA MARTÍN, *Técnica de la escultura policromada granadina*, Colección monográfica Universidad de Granada, n.º 13, Granada, 1971, pp. 177-192.

¹⁰ Un estudio del convento ha sido publicado por Virginia TOVAR MARTÍN, «El Monasterio de las religiosas descalzas de San Ildefonso de Madrid», en *Archivo Español de Arte*, Tomo LXIII, Núm. 251, 1990, pp. 401-418. La autora pudo manejar la documentación existente en el convento a la que no he podido tener acceso.

¹¹ Cfr. Francisco FERNÁNDEZ BETHENCOURT, *Historia Genealógica y heráldica de la Monarquía Española, Casa Real y grandes de España*. Tomo V, Madrid, 1904, pp. 277-285.

¹² V. TOVAR MARTÍN, Art. cit., p. 417.